

Deuda externa, dolarización y empobrecimiento

Héctor Valecillos T

- * El aumento en el número de personas en situación de pobreza extrema tiene que ver con la interiorización de la deuda externa, su dolarización y su socialización.*
- * La política de austeridad con que se ha tratado de enfrentar la deuda externa ha dado lugar a un aumento de la deuda interna.*
- * Se está dando una clara intrusión del dólar en la esfera de operación del bolívar como medio circulante, y un progresivo desplazamiento de éste por dicha moneda como unidad de reserva.*
- * El pago de la deuda ha reducido el nivel de las importaciones y el volumen global del gasto público, ha provocado una desviación de parte de la producción interna hacia mercados extranjeros y una subvaloración durable de la moneda nacional.*

En Venezuela, históricamente, el aumento en el número de personas en situación de pobreza extrema precede, en verdad, a la afloración abierta en 1983 de la crisis de la deuda externa. Sin embargo, han sido estas crisis y las políticas de ajuste con que los gobiernos han tratado de enfrentarla, los responsables principales de la agudización de la pobreza y del deterioro en la distribución del ingreso y la riqueza. Ciertamente, entre 1979 y 1982, en el marco de un cuadro claramente recesivo de la economía nacional, el rápido crecimiento de la desocupación abierta de trabajadores y del descenso del salario real se tradujo en un aumento en el número de personas empobrecidas. A su vez, la devaluación del bolívar en 1983 y el estancamiento con inflación que le siguen, conjuntamente con la baja en el gasto social per cápita del sector público, han contribuido a profundizar ambos problemas.

La razón por la cual el pago a ultranza de la deuda externa y las consiguientes políticas de austeridad adoptadas a partir de 1983 han profundizado dicha problemática tiene que ver, fundamentalmente, con la interiorización de esa deuda, es decir, con la conversión de la deuda externa en deuda social. Aunque sumamente importante, esta relación orgánica entre endeudamiento externo y endeudamiento interno sólo raramente o por excepción es destacada en la literatura sobre el tema, la cual más bien tiende a reflejar las preocupaciones de la banca transnacional, enfatizando entonces el punto relativo a la solvencia externa de sus clientes (conveniencia y requisitos de dicha solvencia).

En dicha relación están involucrados dos procesos básicos, cuyas acciones se refuerzan mutuamente: uno, la dolarización progresiva de la economía altamente endeudada y, dos, la socialización de la deuda externa.

DOLARIZACION DE LA ECONOMIA

Al igual que en otros países de América Latina, durante un largo período que concluye forzosamente en 1982, los

gobiernos venezolanos adoptaron una política económica —principalmente en el área cambiaria y fiscal— que favoreció el endeudamiento externo del país. El objetivo de esta política era doble: por un lado, permitió alcanzar y mantener tasas de inversión (IBF/PTB) superiores a las permitidas por el ahorro interno; desarrollar grandes proyectos industriales, facilitando en un primer momento un crecimiento elevado del producto. Por el otro, aquella política permitió financiar en parte la deuda externa contraída. En efecto, en dicho período la porción determinante de los préstamos en dólares tuvieron su contravalor en títulos públicos, cuya cotización estaba ligada a la del dólar, siendo dichos préstamos utilizados por el Banco Central para cubrir el servicio de la deuda, permitiendo incluso un acrecentamiento temporal de las reservas internacionales.

De este modo, en la etapa de auge del endeudamiento externo inducido por la política sistemática de sobrevaloración del bolívar se hace evidente la primera manifestación de la dolarización parcial de la economía, en la medida en que los pasivos de las empresas —principalmente públicas (obviamente más sensibles a esta política de los poderes públicos) y transnacionales— contienen un importante y creciente componente de obligaciones en moneda extranjera; siendo sin embargo mínima o prácticamente inexistente la dolarización parcial de sus activos (lo que hubiera contribuido a contrarrestar la creciente fragilidad financiera de esas empresas y, eventualmente, constituido una fuente de provecho financiero). Como sabemos, la situación de sobrevaloración externa del bolívar y de endeudamiento creciente no podía durar, de manera que, en correspondencia con las devaluaciones posteriores a 1983 y la detención del endeudamiento, dicho estado de cosas se invierte, pero la dolarización no desaparece, experimentando por el contrario una extensión considerable de su marco de operación.

En efecto, en las condiciones posteriores a 1983, la dolarización de la eco-

nomía venezolana trasciende el marco anterior más bien limitado (en el cual las cargas financieras netas de las empresas se hallaban estrechamente ligadas al crecimiento de la deuda del país), convirtiéndose ahora en un fenómeno más generalizado y sistemático de sustitución progresiva de la moneda nacional por parte de las monedas extranjeras duras, principalmente el dólar norteamericano. En este sentido, en las recientes condiciones de nuestra economía, la moneda local deja de ser universal, y el dólar —por el contrario— se convierte de hecho en algo más que una moneda de reserva (objeto de garantía contra el propio bolívar), pasando a adquirir un nuevo status. Así, la mayoría de las transacciones siguen, naturalmente, haciéndose en la moneda local, pero otras, y en forma creciente, comienzan a hacerse en dólares. Al echar a la moneda local de algunos de sus mercados, el dólar se convierte en medio de circulación, cuando no en unidad de cuenta. (Recuérdese la situación observable en muchas transacciones inmobiliarias y de contratación de personal).

Esta clara intrusión del dólar en la esfera de operación del bolívar como medio circulante y el progresivo desplazamiento de éste por dicha moneda como unidad de reserva (y medio de pagos diferidos) está determinada causalmente por un conjunto variado de factores entre los cuales sobresalen: limitada disponibilidad de inversiones financieras internas; bajos costos de transacción en que se incurre al cambiar la moneda y, principalmente, expectativas de rápida depreciación del bolívar. Aunque estas expectativas, a primera vista, aparecen vinculadas a la política de mantenimiento de una tasa de interés nominal fija durante un largo período, independientemente del nivel de la inflación, y, por lo tanto, asociadas a la baja en el rendimiento real sobre activos financieros nacionales en relación con el que se obtiene sobre activos extranjeros, ellas sin embargo tienen una razón de ser más profunda que se vincula a la ineficacia de la política de ajuste implementada. Subordinada al pago a ultranza de la deuda, esta política se ha concretado a retirar saldos positivos de la balanza comercial para financiar así una descomunal transferencia neta de capitales hacia el centro (17.273 millones de dólares, entre 1983 y 1987). Ante la virtual imposibilidad de aumentar (en el corto plazo) los ingresos de exportación y/o de incrementar el financiamiento externo, dicha

política ha conducido a una disminución considerable de las reservas internacionales, lo que alimenta las presiones en favor de la devaluación.

La dolarización tiene múltiples e importantes implicaciones críticas para la política económica y para la buena marcha de la economía. Consideraremos tan sólo tres de ellas. Primero, la sustitución monetaria tiende a reforzar el estado de estancamiento de la economía, lo que se origina en el hecho de que con el fin de constituir depósitos en moneda extranjera en el exterior y/o en el propio país, los residentes disminuyen el gasto interno en relación con el ingreso nacional. Al materializarse este comportamiento se deprime la inversión interna y se dificulta más el lograr el crecimiento sostenido de la producción. En segundo lugar, la dolarización limita la capacidad del gobierno para financiar con éxito el déficit presupuestario mediante la emisión de moneda nacional. Al desplazarse el público de la moneda nacional a la moneda extranjera, la importancia de la base monetaria, y por lo tanto del financiamiento que se puede lograr mediante creación de moneda, se reduce para una tasa de inflación dada. Como muestra la experiencia de numerosos países subdesarrollados, los intentos de aumentar este tipo de financiamiento del gobierno han conducido, en forma típica, a tasas de inflación más elevadas, reduciendo internamente el déficit presupuestario del sector público (Ver al respecto el artículo de C.L. Ramírez-Rojas en el número de diciembre de 1985 de los *Staff Papers* del FMI).

En tercer lugar —y ésta es la consecuencia más grave de la dolarización— al rebasar su función como unidad, de reserva y medio de pagos diferidos, el dólar gana terreno sobre la capacidad de los poderes públicos para definir su propia política monetaria, cuestionando así, en lo esencial, la soberanía monetaria del país. Llegados a este punto, el peso o la hegemonía económica de los países centrales (particularmente los Estados Unidos) se hace sentir directamente sobre la moneda, no solamente mediante las presiones que se ejercen sobre la política monetaria, fiscal, etcétera. Lógicamente, al limitar así la soberanía monetaria del país, la dolarización pone en entredicho a la soberanía política, creándose entonces las condiciones objetivas para el desarrollo de importantes problemas políticos. Conviene agregar aquí, que, al contrario de lo que ingenuamente muchos piensan, estos problemas

no son resueltos por los programas de reestructuración de la deuda convenidos con los países acreedores. Como muestra ampliamente la experiencia de los años 80, el "dinero fresco" concedido en el marco de esos programas condiciona las prioridades de los Estados endeudados en provecho franco de los acreedores. Por esto ha podido concluir Aldo Ferrer, al comentar la experiencia de su país, Argentina, que "dentro del mecanismo actual de negociación del 'dinero fresco', es decir, del refinanciamiento de los intereses devengados y no pagados, son los acreedores los que deciden cómo se distribuyen los pagos con recursos argentinos y las participaciones en el "dinero fresco" (...) Ello no quiere decir que los acreedores pueden hacer lo que quieren, pero sí que el Gobierno ha perdido autonomía para decidir la asignación de recursos de una parte importante de la inversión a su cargo. Los acreedores han ganado un derecho de veto sobre la acción estatal como nunca la tuvieron". (Revista Comercio Exterior, México, diciembre de 1987).

SOCIALIZACION DE LA DEUDA Y EMPOBRECIMIENTO

La crisis de la deuda externa y la política de austeridad con que se le ha tratado de enfrentar ha dado lugar a un aumento de la deuda interna, es decir, ha conducido a una socialización de sus costos, una de cuyas consecuencias más dramáticas es el crecimiento considerable de la población empobrecida. En este proceso podemos distinguir cuatro mecanismos principales. El primero se vincula al hecho de que "honrar los compromisos" contraídos con la banca acreedora (en los términos originalmente pactados o en los modificados por los convenios de reestructuración vigentes) impone forzosamente la necesidad de generar superávits en la balanza comercial, como condición esencial para hacer efectiva la transferencia financiera involucrada. Dada la inelasticidad de la demanda externa por los productos que exporta el país (y en un sentido más inmediato y crítico, vista la baja sustancial en el precio del petróleo y la plétora existente en el mercado petrolero mundial), aquel superávit se ha logrado básicamente reduciendo el valor global de las importaciones. Aunque la política de cambios diferenciales intenta minimizar el impacto inflacionario de aquella reducción, otorgando dólares preferenciales para la compra de equipos, insu-

mos y materias primas y bienes finales de consumo, la venta de estos bienes (o de productos elaborados internamente con participación de esas importaciones) en el mercado interno a precios que equivalen a su compra con dólares del "mercado libre", anula dicho objetivo e impulsa la inflación.

El segundo factor coadyuvante del proceso comentado está dado por la reducción del volumen global del gasto público y por la deformación que la política de pago de la deuda induce sobre la estructura de ese gasto. Dada la magnitud de la deuda externa del gobierno, la adopción de una política de austeridad orientada primordialmente al pago de la misma hace que las cargas financieras se constituyan en un componente cada vez más importante del presupuesto público, lo que equivale a una disminución en la cuantía del gasto público real (tanto en términos de total y por habitante, como en proporción al PTB). Por otra parte, como esa política de pago inflexible de la deuda no puede afectar dichas cargas, se produce entonces en forma inevitable una reducción creciente de los otros gastos públicos, en particular los que conciernen a la reproducción de la fuerza de trabajo (gasto social) o a la inversión gubernamental.

Esto ayuda a explicar el carácter cada vez más pasivo del Estado venezolano en materia de generación directa de empleos, la baja progresiva de la remuneración real relativa del personal gubernamental y el deterioro también creciente de los servicios públicos. Para colmo de males, como el Estado venezolano es el oferente decisivo de divisas, la renuencia a elevar el bajísimo nivel de tributación del sector de empresas privadas, y el deseo de contrarrestar la baja del gasto público real ha dado pie a la búsqueda de recursos financieros internamente haciendo uso del llamado diferencial cambiario y de la imposición indirecta, con sus inevitables y negativos impactos distribucionales y de pobreza.

En tercer lugar, el empobrecimiento creciente expresa también la influencia de la política de reducción de las importaciones de productos alimenticios y de estímulo a las exportaciones agrícolas en las condiciones del tipo de "modernización" experimentado por la agricultura venezolana. Como es conocido, durante un largo período la satisfacción de una creciente demanda interna de alimentos, y el mantenimiento de sus niveles de precios, se logró fundamentalmente a través de las importaciones. A

partir de 1983 esas importaciones cayeron drásticamente, no pudiendo (salvo excepciones) ser compensada dicha baja por un aumento de la producción. Fenómeno que se ha visto agravado allí donde el intento de expandir las exportaciones ha permitido una desviación de parte de la producción interna hacia los mercados del extranjero. Todo lo cual ha significado una malnutrición creciente para las capas más desfavorecidas y un costo más elevado para las otras.

Por último, aunque no por ello menos importante, el aumento de la pobreza y la concentración del poder económico está siendo influido fuertemente por la dolarización progresiva de la economía y el impacto que esto tiene sobre la tasa de salarios. En efecto, una consecuencia adicional de la dolarización es la subvaloración durable de la moneda nacional. Como ya vimos, en la etapa de aumento del endeudamiento, las empresas públicas y transnacionales experimentaron una creciente dolarización de sus pasivos. Con posterioridad a la crisis de la deuda (y por las razones señaladas), la moneda local se devalúa progresivamente, de manera que las cargas financieras de esas empresas —expresadas en bolíva-

res— se elevan más, lo que intensifica a su vez las presiones inflacionarias. Sin embargo, mientras más se elevan los precios, el mecanismo de especulación y devaluación del bolívar se consolida igualmente.

En estas condiciones, la necesidad de compensar el peso creciente de las cargas financieras y de amortiguar el desvío de las ganancias empresariales hacia el sector bancario impone, a nivel microeconómico, la reducción del salario como vía principal para elevar la tasa de explotación. Así, la reducción del salario tiende a manifestarse en proporción directa al ritmo de devaluación del bolívar y a la consiguiente elevación de las cargas financieras. A nivel macroeconómico, esta reducción salarial alcanza su consagración en la política de austeridad, la cual asigna al salario el rol de variable "de ajuste" en el mercado de trabajo y de medio de recuperación y obtención de competitividad internacional y de control de la inflación. Independientemente del error básico de esta interpretación, lo cierto es que ella ha favorecido el deterioro de la tasa de remuneraciones y, por esta vía, el crecimiento de la pobreza.



RESTAURANT VEGETARIANO EL ACUARIANO

(con 27 años de experiencia)

LE OFRECE EXQUISITOS PLATOS DE LAS MÁS AFAMADAS
RECETAS GASTRONÓMICAS INTERNACIONALES
Y SUS TORTAS NEGRAS NAVIDEÑAS

HORARIO: 11.30 A.M. A 3.30 P.M

Dirección: Truco a Caja de Agua, Edificio Los Arcanos, Altigracia
(Diagonal al Ministerio de Educación)
Teléfono: 82.79.56